

CIENCIA Y CONCIENCIA

Estamos ya en la sexta ola de una secuencia terrorífica cuyo final se intuye cada vez más lejano. El dichoso virus burla a la ciencia y muta en cada embestida para reaparecer con más vigor. La secuencia entre ola y ola se reduce y cada pico viene cargado de nuevas variantes más letales. El desafío que se nos plantea como humanidad nada tiene que ver con misiles que destruyan meteoritos, ciberataques a gran escala o guerras nucleares. Nuestros temores se han ido armando para catástrofes futuribles más relacionadas con la ambición de poder y dominio que con las necesidades reales.

Para sorpresa de muchos, incluso amantes de la ciencia ficción, nos ha atacado por la retaguardia un bichito pequeño, silencioso y con cargas de destrucción masiva al que de momento sólo podemos surfear málamamente sin adentrarnos de lleno en su idiosincrasia para poder combatirlo. Deberíamos tomar conciencia de la importancia que adquiere la inversión en investigación para algo que sí es real y dejar los juegos de la guerra para mejor ocasión. Sólo así, con mucha ciencia y mucha más conciencia, podremos neutralizar un ataque, no una amenaza, que se ha cobrado millones de vidas en todo el planeta.

Pero la ambición neutraliza la conciencia ética y sin ésta todo serán parches. Mientras el denominado primer mundo va a por la tercera dosis de las vacunas, en el resto apenas han empezado a suministrarlas. Hay que asumir que esto es una pandemia, que no podrá ser atajada hasta que la población mundial esté inoculada con las dosis correspondientes como para neutralizar su virulencia.

Sí, es una cuestión de tiempo. Pero a algunos se les agota mientras a otros les da una tregua. Suministrar una vacuna escalonadamente según el nivel de vida y la economía de cada país es un ejercicio de egoísmo colectivo reñido con la ética y con la propia Declaración de los Derechos Humanos. No es de justicia democrática, es insolidario y nada equitativo.

Vivimos diariamente una catástrofe, una sangría de muertes que no hubiéramos imaginado en nuestras peores pesadillas. Incluso los vacunados viven en la zozobra con cada nueva variante. Es fácil imaginar y empatizar con los ataques de pánico e impotencia que sufren los alejados y abandonados por la tecnología científica arraigada en los países ricos.

Ciencia y conciencia ética y solidaria. De lo contrario nos instalaremos perpétuamente en una pandemia que alimentará sus sucesivas variantes en el caldo de cultivo de los menos favorecidos. Vamos a dejar de jugar a la guerra de las galaxias y empecinémonos en cambiar los marcianitos por médicos, científicos, enfermeras y todo tipo de personal sanitario y solidario para vacunarnos contra el egoísmo y la insolidaridad. Los dinosaurios estaban en el vértice de la cadena alimentaria. Todo lo que estaba por debajo era susceptible de ser engullido por ellos. Pero también se extinguieron. Y quizá este virus sea más letal que un meteorito.